

EN BUSCA DE LAS MASAS PERDIDAS

EDUARDO HARO TECLEN

El primero que se dio cuenta de lo que estaba pasando aquí fue un reverendo dulce y tranquilo, encargado de una parroquia campestre tan sin incidencias que fue a dar en la ocupación de pensar y quedó desfavorado de su descubrimiento: la propagación de la especie estaba sobrepasando los límites de lo soportable.

Hasta poco tiempo antes de que el abate Malthus formulase esta teoría —1798— se creía absolutamente lo contrario: que la población del mundo disminuía incesantemente desde la antigüedad. El principal formulador de esta teoría fue un infortunado conde francés, mal avenido con su esposa y con su hijo —que resultaría ser el revolucionario/monárquico, orador, libertino y feísimo Mirabeau—, autor, entre otros libros, del que llevó el título de «L'ami des hommes ou traité de la population»; desde que lo publicó, sus amigos le llamaron sardónicamente «el amigo de los hombres». Estimaba el conde Mirabeau «le père» que este mal —porque él lo consideraba un mal— de la despoblación se debía a la maldad general de los gobernantes: el hombre se multiplicaría «como las ratas» si le dieran lo suficiente para comer.

Los enciclopedistas sostenían esta idea de la subpoblación: hubo que esperar a Marat —el muerto en la bañera— para que dijese lo contrario. Marat —esta vez, «el amigo del pueblo», por el título de su periódico—, además de terrífico, era médico y biólogo. Marat se había dado cuenta de que los fenómenos a que había asistido y protagonizado eran ya lo que hoy llamamos «fenómenos de masas», pero la palabra «masa» no existía todavía más que para los panaderos. No está excluido que Malthus, aparte de la observación directa de la multiplicación de los irlandeses incómodamente empujados en comer algo, hubiese observado las «masas» de la Revolución francesa. Sobre él caería la maldición de la Iglesia; pero caería también la de Marx —que lo llamó «delincuente»— por una razón sencilla: Marx había obtenido ya la consecuencia

de que el exceso demográfico favorecía las revoluciones y que, por lo tanto, todo intento de limitar las poblaciones era contrarrevolucionario; porque se sabía ya que la multiplicación mayor correspondía a las clases menos favorecidas.

En 1895, Gustavo Le Bon publicó el primer libro científico sobre el tema, su célebre y continuamente reeditada «Psychologie des foules». «Foule»: muchedumbre, multitud. La palabra masa todavía no estaba acuñada. Pero ya se enunciaba su primera definición mítica, con carácter de denuncia. «Las multitudes —decía Le Bon en el prefacio a su primera edición— han representado siempre un papel importante en la historia, pero, sin embargo, nunca tan considerable como el que representan hoy. La acción inconsciente de las multitudes, sustituyendo la actividad consciente de los individuos, representa una de las características de la edad actual». Era el primer gran aviso.

¿Qué estaba sucediendo en Europa en este momento? Había comenzado el hacinamiento en torno a las grandes industrias bebedoras

de proletarios. Aparecía una nueva forma de vida, una vida peligrosa —para la burguesía, para la aristocracia— y había que organizarla. Una organización semejante requería medidas de gobierno que iba a coartar la sagrada —para el liberalismo europeo— independencia del individuo. En la Alemania del príncipe de Bismarck —tras la larga y misteriosa relación de atracción/repulsión entre el Canciller de Hierro y el militante socialista Lassalle— se adoptaron las leyes sociales (entre 1883 y 1889) de seguro de enfermedad, accidentes, vejez, invalidez... En Gran Bretaña había comenzado ya la larga serie de reformas electorales que iban ampliando poco a poco la participación: en 1872 se había establecido el voto secreto —es decir, la igualdad de opinión dentro de la urna, la imposibilidad de presionar para modificar el voto del «inferior»—; el sufragio universal masculino se había extendido por el continente (España, 1890). Los «partidos» comenzaban a aparecer bajo su forma actual (Duverger: los partidos políticos se formaron cuando la masa de la población comenzó a representar un papel activo en la vida de la nación).

La mitología del bestiaro

Estas modificaciones en las relaciones sociales no sólo fueron fruto de las condiciones de vida, ni tampoco de lo que se encierra en la señorial palabra «concesiones»; nacían de la presión popular. Del miedo a la revolución. Las revoluciones, raras veces se ganan, pero nunca se pierden. El terror a una nueva revolución tiende a disuadir a sus posibles protagonistas no sólo por el ejercicio de la represión, sino por la entrega de algunas mejoras: esta es la ruta larga del progreso social. Apenas había sido digerida la Revolución francesa cuando se plantaba la Comuna de París. Y una serie de movimientos más o menos paralelos: las revueltas suizas hacia la constitución federal, los movimientos carbonarios en Italia, las barricadas de Berlín

en 1848, las insurrecciones vienesas...

Fue el espectáculo de la Comuna el que incitó a la observación de las masas, llamadas aún multitudes, y a su descripción. Los autores de la época incorporan la mitología del bestiaro a la acción de las masas: «... las lobas de arrabal erizando las crines; sus espantosos rugidos...»; «se devoran entre sí, como debe ser...»; «la ciudad está entregada a las bestias feroces...»; «el domador, distraído, se olvidó de sus llaves a la puerta del zoo, y los animales feroces se expanden por la ciudad espantada, con aullidos feroces...». De estas observaciones pasionales iba a surgir la descripción científica.

Gustavo Le Bon era al mismo tiempo filósofo y etnólogo. Había viajado por toda África, la India, Egipto, Grecia, y de sus viajes habían salido libros como «Evolución de la materia» y «Evolución de las fuerzas». Su «Psicología de las multitudes» estaba garantizada por una calidad científica. Le Bon explicaba que las multitudes «sólo pueden ejercer un papel destructor» con el que se «liquida la disolución de las civilizaciones demasiado viejas» porque la multitud está siempre «dominada por lo inconsciente», por una «desaparición de la vida cerebral y un predominio de la vida medular», lo cual produce una «reducción de la inteligencia y una transformación completa de los sentimientos», siendo víctimas de la sugestión de forma que, dentro de la multitud, «el sabio y el imbécil resultan iguales».

El libro sería el catecismo de los conservadores. Y de los no conservadores. Porque el secreto de la descripción peyorativa de las masas y, al mismo tiempo, el auge de las ideas individualistas —desde la extrema derecha a la extrema izquierda— consistía en que nadie se sentía partícula de la masa, cada uno consideraba como víctimas de la masificación a «los otros». El propio marxismo —y luego el bolchevismo ruso— rechazaba la posible inteligencia de la masa por sí misma: es la clave de las condenas al «espontaneísmo» y de la definición del partido como van-

Thomas Robert Malthus, descubridor, en 1798, del peligro encerrado en el crecimiento constante de la Humanidad.





Genovés. «Las flechas» (fragmento), 1969. Malborough Gallery. Nueva York

guardia de la revolución, temas que aún se discuten en los movimientos revolucionarios. En el fondo, este problema late en las descripciones del «lumpenproletariat», el subproletariado distinguido del «proletariado consciente». La distinción aparecerá también en la derecha cuando distinga sutilmente «pueblo» y «plebe»: esta ambigüedad seguirá prevaleciendo en nuestros días cuando se califica a la masa, que en momentos dados puede ser «heroica» y puede ser «criminal»: la sutil distinción se reduce en la práctica a que el movimiento o la inmovilidad de la masa se realice en el sentido o en contra de quien la describe (más sutilmente, se suele hacer una distinción lingüística: «la masa» es un término más peyorativo que «las masas»).

La transmigración de las ideas de Gustavo Le Bon encarnó, luego, en Freud, en su «massenpsychologie», donde emerge un tema constante del psicoanálisis: el de la horda —que es uno de los nombres favoritos que los conservadores dan a la masa—. Freud debe su idea a Darwin: la forma primitiva de la sociedad sería la horda sometida a un macho poderoso que, en un momento dado, fue asesinado por la comunidad —de donde nacerían, además, ciertas formas del complejo de Edipo—, y aquel remotísimo suceso estaría impregnando siempre la mentalidad del hombre. La adquisición del «estado de masa» sería el regreso a las formas arcaicas de la horda. Crítico de Le Bon, Freud lo es sólo en el sentido de incorporar sus hallazgos psicoanalíticos —y la introducción de lo sexual— en la calificación de la masa.

De lo sucedido especialmente a partir de los dos últimos tercios

del siglo XIX se desprendió el hecho concreto que hoy es la base de toda política: la aparición de las masas en la vida pública y su canalización. Tres formas esenciales de gobiernos de masas —y ninguna de ellas pura; cada una se incorpora los hallazgos de las otras y los transforma según su semántica particular— brotan entonces: la democracia, el socialismo, el fascismo. Sería mejor describirlas en plural: las democracias, los socialismos, los fascismos.

En principio se trata de gobernar en beneficio de las masas. De una forma menos aparente, se trata de utilizar, de canalizar el torrente de las masas, su fuerza. Una primera necesidad fue el de quitar a la palabra su aspecto peyorativo. El mito de la masa ciega y criminal comienza a ser sustituido por otro: la masa es buena, es «natural», representa el alma colectiva, encarna la «nación», la «raza»..., pero por las viejas razones aducidas ya por Le Bon-Freud, y hasta por Malthus, la masa es sugestionable, infantil. Un «demagogo» puede pervertirla; surge la figura del «agente», del «agitador», del «provocador». Se le suele situar en el campo de la traición y, más preferentemente, en el «extranjero». El que moviliza las masas en el buen sentido es un «conductor de masas» que representa la figura del padre —del padre asesinado por la horda freudiana o darwiniana, que resucita en la encarnación de un político vigoroso—. Han pasado del estadio a la aminalidad al estadio de la infancia. A veces «no están maduras» —caso generalmente aplicado a países que pretendían descolonizarse y ser independientes, pero que se pueden aplicar a las masas propias por un gobierno que deniega

algunas libertades—. No estaban maduras y estaban pervertidas las masas que escuchaban a Hitler, a Mussolini, a Stalin; pero daban prueba de madurez las que defendieron la ley y el orden en los Campos Elíseos en mayo de 1968, frente a la insurrección —zoológica— estudiantil. Esto, desde el punto de vista que llamamos occidental o conservador o derechista, mientras que desde el otro campo los ejemplos aducidos de madurez o inmadurez son opuestos.

En España, los conceptos de Le Bon llegaron, claro está, con enorme retraso y cuando ya las masas comenzaban a obtener su sentido peyorativo en las descripciones. La vía científica la apadrinó Marañón y muy especialmente en los momentos de la guerra civil y la posguerra: «Psicología del gesto» (1937), «Crónica y gesto de la libertad» (1938), «Ensayos liberales» (1946). A Marañón le preocupaba lo que había visto y sabido de la guerra civil en sus dos campos, le preocupaba el fascismo y el comunismo y regresaba al tema de «la horda», de «los hombres y mujeres que forman en el coro callejero por impulso atávico, sin saber por qué»; dentro de la masa, el hombre, «despalmado y sin camisa», «mata, saquea, incendia, se olvida de los suyos y actúa, en suma, al dictado de todos los instintos primarios que había ido enterrando en el fondo de su conciencia, a través de siglos y siglos, la civilización».

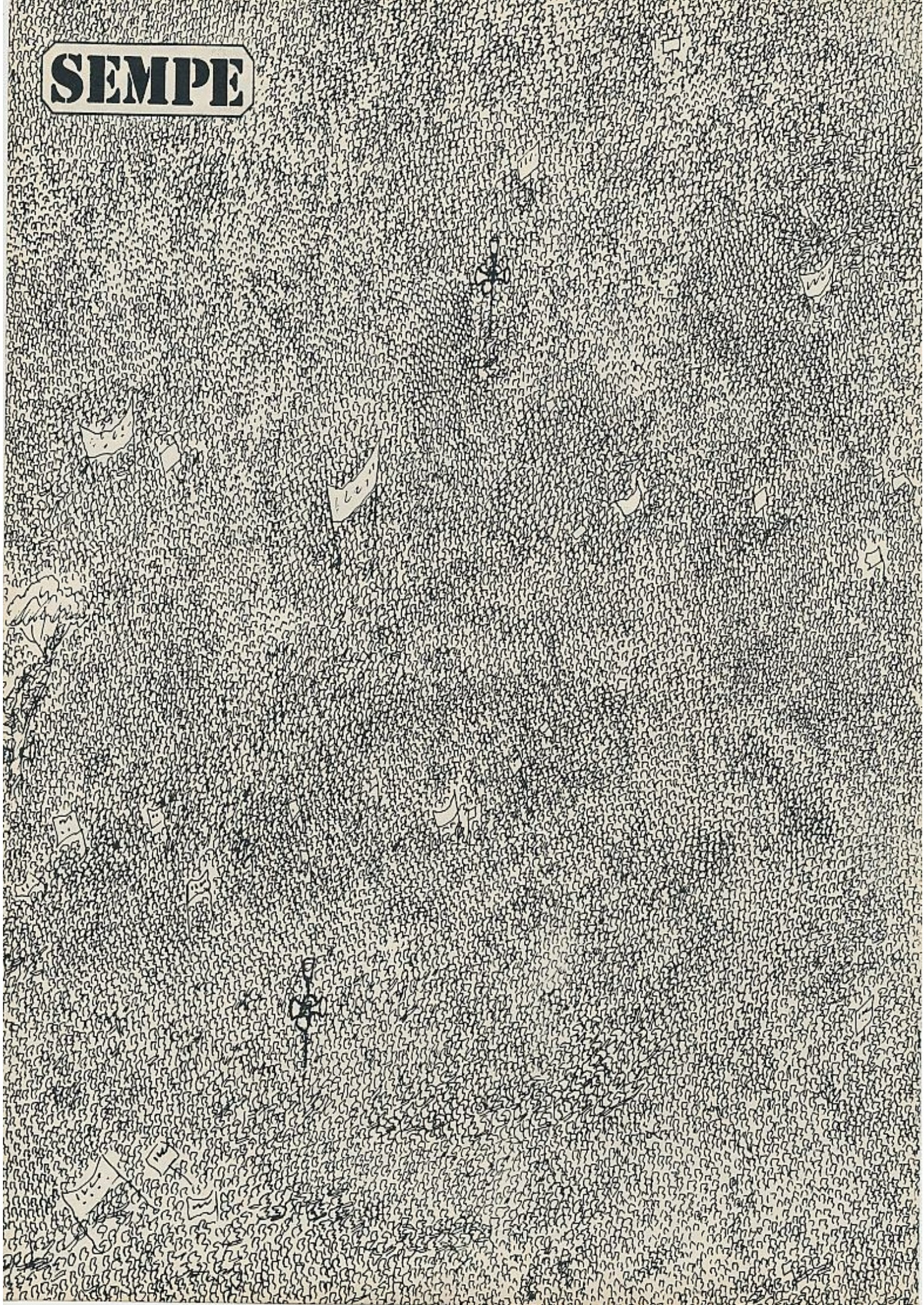
Ortega y Gasset emprendió la ruta socio-filosófica, el camino spengleriano. Su «Rebelión de las masas» describe cómo «vivimos bajo el imperio brutal de las masas». Pero le preocupa muy especialmente no el derroche de fuerza y ce-


guera de la masa en acción violenta, sino su forma de apoderarse de todos los resortes. Le preocupa más la democracia que los otros regímenes, que le parecen episódicos. «Lo característico —dice— del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho a la vulgaridad y lo impone dondequiera». Estas ideas aparecieron en 1926. Estaba describiendo entonces Ortega el fenómeno otro de la masa, el fenómeno de su captación por «la vía pacífica» de la dirección de las sociedades. Lo que en alemán se llamaba «vermassung» o «amasamiento» de las sociedades. Si Marañón se retrasaba, Ortega se adelantaba, aunque se refiriese a medios y ambientes distintos de los actuales.

El problema que se plantean hoy los sociólogos de la izquierda y la derecha, y de una manera muy especial los aristocráticos de la inteligencia, es el de que la «masa» ha dejado de ser sensible, ha sido por fin dominada por los que justamente se llaman «mass media», que constituyen una especie de droga social, especialmente por lo «audiovisual», por la cabalgata tras el consumo. Parece que los movimientos de masa antiguos están ahora en baja, no se sabe si provisional o definitivamente. Las revoluciones se producen de otra manera: o son «de palacio» —un grupo de la clase política sobre otro—, sin participación del pueblo, o por grupos de especialistas.

Muy ilustrativo del primer caso es lo sucedido en Argelia: un pueblo que había participado muy poco antes en una larga revolución nacional asistió impasible a la revolución de palacio que derribaba a su jefe carismático, Ben Bella.

SEMPE



A black and white illustration of a large crowd of people, represented by a dense field of small, repetitive figures. In the upper right, a small stage is visible with a few figures on it. A speech bubble is positioned above the stage. The overall style is a fine-line, repetitive pattern.

—¿Y cómo les digo
yo a éstos
que se ha estropeado
el micrófono?

SOMOS

EN BUSCA DE LAS MASAS PERDIDAS

Los ejemplos del segundo caso son las guerrillas de Hispanoamérica, como los Tupamaros, que actúan por minorías profesionalizadas. En general, la «masa» permanece inerte. De esta aparente indiferencia surge la más reciente tesis mítica sobre la masa, la de la «mayoría silenciosa» —acuñada por Nixon frente a los grupos rebeldes a la guerra de Vietnam y, en general, a la política conservadora del país—. Si se examina el nuevo tópico se verá su contradicción con los principios democráticos: la mayoría, en un país articulado sobre ella, no puede ser silenciosa más que si está por alguna razón viciada, o por razones de alguna violencia invisible acallada. Pero en cualquier caso, el mito ha sufrido una variación violenta. Si en el siglo XIX era zoológica, si hasta ahora era infantil, en los dos casos necesitaba una minoría pensante y reflexiva, y dura y enérgica, que la dirigiese: eran las minorías selectas, eran las «élites». En la acepción de hoy, la «gran masa» es aquella de la que emana el gobierno, mientras que los grupos minoritarios —o los grupúsculos, en el lenguaje marxista-leninista desde su poder— son los que intentan la subversión.

La sensación que se obtiene es la de que se ha dominado a las masas, ahora dóciles, tranquilas; «sensatas» y «conscientes», si se las examina desde el poder que se dice sustentado en ellas; «alucinadas» y «drogadas» —por la televisión, por el cine, por el consumo—, si se las ve desde el punto de vista de las minorías de la oposición. Esta preocupación por el «vermassung» que tienen ahora los aristocratistas resulta ligeramente paradójica o contradictoria. Si admiten que el esquema de la pirámide social-intelectual es el de una masa indiferenciada y una «élite» a la que se suponen pertenecientes, ¿por qué se quejan de que la situación sea así? Probablemente porque se ven más indefensos cada vez ante el avance de «lo vulgar», porque una noche se han sorprendido riendo a carcajadas de un chiste ante la pantalla de la televisión, temen que sea el principio de su conversión en «rinocerontes», según la metáfora del autor antimasa lonesco. Y porque los Mecenas —hoy, el Estado y sus agentes— ya no los sostienen para que les diviertan a ellos con exquisitas invenciones espirituales, sino para que diviertan a las masas, y se ven obligados a adecuarse a los medios de expresión que desprecian, sin ser enteramente capaces de convertirlo en instrumento de «lo otro». ■ E. H. T.

EL FINAL DE LA AVENTURA

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

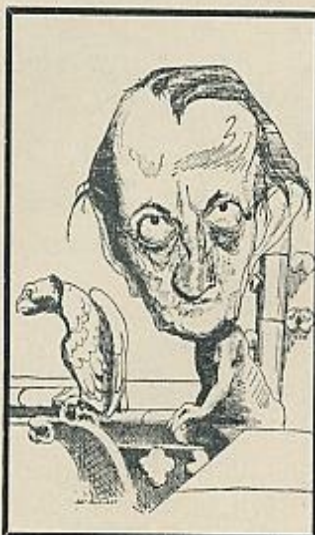
EN plena épica literaria fascista, la imagen del **condottiero** renacentista ocupó un privilegiado lugar como referencia mítica. La infantil hagiografía del fascismo resucitaba a aquellos mussolinis o hitleritos del pasado, que, a pie, a caballo o en coche, impusieron sus reales a providencialismo limpio. ¿Fulano de tal? ¡Es un condottiero! Y ya estaba dicho casi todo. Un jefe, audaz, dispuesto a la aventura. La aventura. En la tranquila Europa-hormiga de los años cincuenta, la idea de la aventura se había hundido en nebulosas charcos, a los acordes del último himno nazi. No es un azar que la literatura de la época sublimara las necesidades de aventuras en sus reales posibilidades convertidas en mito: Bombard... el mito del navegante solitario; Cecile... la aburrida protagonista de *Bonjour, tristesse*, el mito de la aventura que empezaba a dejar de ser galante para ser erótica. Bombard, educado todavía en todas las falacias del progreso, tiñó su empresa con anilinas de expedición psicocientífica.

«En igualdad de circunstancias (dando por supuesto el papel del espíritu, y entiendo por tal el valor, la esperanza de vivir), es posible sobrevivir si se cumplen determinadas condiciones físicas».

Pobre Bombard. Vivía unos años en que cada escritor nacía ya con su crítico literario, como los lotes de galletas hojaldradas que llevan su ganga de puré de patatas. Había cruzado el Atlántico para demostrar los recursos morales y físicos del hombre, como si la reciente contienda

mundial no hubiera bastado como piedra de toque. En realidad, Bombard era otra víctima del «*tedium vitae*» burgués, un hegeliano que creía cumplida la definitiva racionalización de la Historia: restituir a «La Marsellesa» su papel de himno galáxico de la burguesía. Una vez hundidos los condottieros hitlerianos, el mundo estaba tan bien hecho para la pequeña burguesía liberal europea, que daba miedo. Jamás el pavor se ha disfrazado tanto de bostezo.

Tipos como Malraux, Lawrence de Arabia, etcétera, son los hijos del gran aburrimiento burgués del siglo.



La sociedad es piadosa. Muerta la capacidad posible de aventura, prácticamente al día la cartografía universal, en mantillas la tecnología espacial, los programadores del tedio burgués crearon «aventuras imaginarias» de consumo a través del cine, del espectáculo, de todas las variantes subculturales. La inmensa mayoría pactaba con aquella aventura imaginaria. Concedían a los héroes del cine o de la subliteratura la representatividad de todo lo que en sus vidas hubiera podido ser. Pero había espíritus sensibles, enfermos sin medicina conocida, que añoraban los abismos situados más allá de la realidad total en que se había convertido el mundo.

Bombard se subía a una barca y forzaba las reglas del juego de la aventura. Hasta él, la aventura del navegante era una batalla histórica en la que se adecuaban el hombre y el instrumento para vencer el obstáculo de la materia. Y en esa batalla, el hombre había utilizado siempre su último conocimiento, la última herramienta, la más depurada. Era una aventura acuciada por la necesidad de sobrevivir, poseer, conocer... La aventura de Bombard en una herramienta prehistórica (una barca en la era del transatlántico) era una aventura inútil a la que los intelectuales buscaron hondas justificaciones. El benemérito cura Moeller diría sobre Bombard y su libro *Naufrage volontaire*: «La esperanza es humilde y, sin embargo, no muere, resurge constantemente, porque es esperanza de salvación, pero también esperanza para los otros: si la experiencia de Bombard llega a feliz térmi-